

MOLGO RAF

ALEJANDRO DATO



Ediciones
REVÓLVER



MOLGO RAF

ALEJANDRO DATO



Alejandro Dato
Molgo Raf
(2014)

2 Narrativa

Diseño de portada: Clémence Kertudo
Fotografía de portada: Julien Deniau (www.unavista.net)
Diseño de interior: Editorial Revólver
Asesor editorial: Pablo Ferraioli
Booktrailer: Ariel Fernández Verba
Contacto: edicionesrevolver@gmail.com
www.edicionesrevolver.com



Molgo Raf de Alejandro Dato
está bajo licencia Creative Commons
Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual
4.0 Internacional License.

MOLGO RAF

*De acuerdo, el hombre es mortal,
pero eso es sólo la mitad del problema.
Lo grave es que es mortal de repente.*

Mijaíl Bulgákov

Hace dos semanas, yo era algo así como un vigilante sin uniforme ni chapa, que podía volar y mover objetos sin tocarlos. Mi nombre es Molgo Raf. Y estoy acostado en la habitación 312 del Hospital del Mar. Hablando solo como los locos. Los médicos no saben lo que tengo. Hasta ayer, una infección en los riñones se me iba a la sangre, y mi cuerpo reaccionaba mal a los antibióticos. Hoy no sé. Me muero, creo, y es raro. No me siento nervioso ni asustado. Ya no puedo volar. Pero todavía muevo las cortinas de la ventana que da al parque, y hasta levanto de vez en cuando el guardapolvo de la enfermera. Y pareciera que esto me basta. No es que me sienta más sabio, ni más resignado. Es al revés, en realidad. Tengo suficiente droga encima como para tumbar a un toro.

Desde hace tres días, un periodista argentino viene por las tardes a visitarme. Se presentó como Alberto Fada, pero todo en él despierta suspicacia. No anda con grabadora, ni cámara de fotos, ni anotador. Lleva un zapato izquierdo ortopédico, con un taco de unos cinco centímetros, que lo hace renguear disimuladamente. Su ojo derecho está siempre oculto tras el flequillo. Y estamos en agosto y no se saca la americana. Es evidente que busca a Daniela Medrano, pero no lo anuncia. Me cuenta historias que la rozan de una u otra manera.

El primer día hablamos de mis poderes. Quería saber cómo fue vivir con eso. Lo dijo así, en pasado: Cómo fue vivir. Me le reí en la cara. Se le dibujó algo parecido a una sonrisa y se disculpó. Alcé mi vaso de agua en posición de brindis y lo hice flotar hacia su mano.

Empecé a soñarlo en la adolescencia. Al principio los fines de semana, justo antes de despertarme. Al tiempo lo soñaba cada noche. Alguien, una mujer, me advertía - Si vas al galpón prendé una fogata, porque hay algo en el galpón. Había un salto en las imágenes. La tarde ya estaba medio oscura, y ahí estaba yo frente al galpón. Era una construcción precaria, hecha con chapas, no tenía aberturas y el portón era de madera. No prendía una fogata. Me acercaba al galpón con cuidado. Sentía, como otras veces, el poder que empezaba a temblar en mí. Fijaba la mirada en una piedra, tirada junto a la pared, y la piedra venía hacia mi mano. Agarraba una rama de hinojo, la usaba como lanza y la tiraba con todo hacia el cielo. La rama subía y se perdía. Yo me ponía a prueba, dirigiéndola en distintas direcciones.

La primera novia con la que me acosté se llamaba Sandra. Fue en un fin de semana que pasé en casa de sus padres. Yo dormía en el sofá del living y ella en su habitación. Por la mañana nos quedamos solos. Ahí lo hicimos y no pude acabar. Volvimos a intentarlo al rato y nos asustamos. Cuando acabé, la lámpara y las dos tazas de café vacías, que estaban sobre la mesa de luz, se rompieron contra el suelo a un metro de la cama. Las había desplazado sin notarlas.

Una semana más tarde, los cuadernos levitaban de un punto a otro de mi habitación. Tardé unos meses en controlar la trayectoria de los objetos que movía. Era una actividad que llevaba en el más completo secreto. No sabía todavía como presentarme con esto ante los demás. Mientras tanto, pasaba

el tiempo, mi cuerpo crecía, y con él, la capacidad de conducir volúmenes y masas mayores. Tenía veintidós años cuando empecé a trabajar como ilusionista en fiestas infantiles. Daniela era mi ayudanta. Yo ignoraba todavía mi capacidad de vuelo.

Supongo que no sabe nada de Rodrigo Sota. Era de La Plata. Como usted, Molgo Raf. Tuvo un hermano, cuando él tenía cinco años, pero murió al nacer. Su madre desapareció dos años más tarde. De su padre se sabe que era alcohólico, tímido y albañil, y que nunca le levantó la mano. Cuando Rodrigo terminó los estudios secundarios, un tío, por parte de su madre, se lo llevó consigo para trabajar en un stud. Sacaba la mierda de las cuadras, cepillaba los caballos y los alimentaba. Por las tardes, estudiaba medicina en la pensión y en la universidad. Y cada domingo, al mediodía, cumplía con el rito de comer paella en casa de su tutor. Visita a visita, se fue enamorando en secreto de su tía, y estuvo a punto de declarárselo, pero al final no se animó. Por lo demás, era un joven serio y amable. Juzgaba que no había que esperar nada del mundo sin esfuerzo, y se ganaba la confianza de la gente con cierta facilidad. En 1991, en el incendio de unos almacenes de Gonnet, su padre pierde la vida. Rodrigo tenía veintitrés años y con la noticia descubrió un dolor confuso e inesperado. Volvió a la casa de su infancia de la que era ahora propietario, y se desvinculó del stud, aunque siguió frecuentando la casa de su tío. Por medio de un compañero de la facultad, empezó a trabajar como administrativo en una de las torres de la plaza Moreno. Su vida estaba punto de pegar un giro radical.

Su tío tenía dos hijos, una nena y un varón. Cuando la primera cumplió los nueve años, le hicieron una fiesta en el patio de la casa y contrataron a un ilusionista para animar el evento. En esa fiesta Rodrigo Sota se quedó completamente calvo. Usted no pudo verlo. El pelo no le volvió a crecer. A cambio, ganó la

rara habilidad de regenerar los tejidos celulares, de cualquier ser vivo que no fuera él.

Daniela llegó a mi vida un sábado a la noche, en la disco del centro de estudiantes de Bahía Blanca. La saqué a bailar, charlamos, nos besamos en los reservados. Ahí enloquecimos y hasta nos dimos pequeñas mordidas. La acompañé luego a la parada del autobús, con el labio inferior todavía sangrando.

A las tres semanas, mientras tomábamos unas cervecitas en plaza Italia, le hablé de mi poder telekinético. Y me creyó. Con una sencillez que me dejó pasmado. Como si le hubiera confesado que sabía escribir. O que era hinchado de Gimnasia Esgrima de La Plata.

El periodista argentino tiene por costumbre llevar un cigarrillo apagado en la boca. Hay algo lógico en esto. El primer día que vino, nos dimos la mano. La tenía fría. Algo en él rechaza la imagen de cualquier fuego o calor. Me viene a la mente una vida sin estufas, sin fogatas, sin mecheros. La vida de una mutación antártica. Me imaginé dándole fuego y viendo como se derretía en un charco.

Cuando la relación con Daniela se convirtió en algo más estable aparecieron mis celos. Desconfiaba de sus amigos, pero sobre todo de los míos y los que teníamos en común. Estaba tan pendiente de sus gestos y miradas, que no podía formar parte activa de ninguna reunión a la que asistiéramos en común. Entré en el círculo vicioso. La imagen que me hacía de mí mismo era la de un tipo aburrido y angustiado, y todos los demás me parecían una lluvia de buitres asesinos. En una noche especialmente tensa usé mi poder para provocar un siniestro. Le solté los tornillos de una rueda al coche de un amigo -que al volver a su casa tuvo un accidente sin conse-

cuencias. Mi poder ya no era algo que me confiriese un valor especial, y no encontraba razones claras para ocultarlo o darlo a conocer. Me sentía un monstruo furtivo y acobardado, en constante estado de duda. Así empecé a llevar otra doble vida. Como no quería expresar mis trastornos ante Daniela, ahora disimulaba también con ella y me despreciaba por hacerlo. El circulito de mierda cerraba perfecto, estaba atrapado en mi película. Mientras tanto, seguíamos trabajando en fiestas infantiles. Con eso nos alcanzaba para pagar alquiler, comida y alguna que otra salida de vez en cuando. Por entonces se me ocurrió el número del lanzamiento de cuchillos con las manos atadas a la espalda.

Sara Goldman nació a mediados de los cincuenta en Cuiabá, capital del estado de Mato Grosso, en Brasil. De familia atea. Su padre nació en Varsovia, y emigró a Brasil en 1935, donde se afilió al partido comunista. Su madre era descendiente de rusos, pero nació en Curitiba. El único judío ortodoxo de la familia fue su bisabuelo, que se desempeñó como jazán en Rusia. Sara tuvo una educación judía laica, pro sionista, y hasta los diecisiete años fue al círculo israelita Macabi, pero se identificaba con el budismo, el taoísmo y el chamanismo. Desde chica se sintió atraída por la música y la pintura. Aprendió a tocar la guitarra y el berimbau. Cada tanto, Sara tenía pesadillas donde se veía a sí misma descarrilando un tren lleno de gente gritando. Desde 1994 hasta 1996, trabajó como escenógrafa en un canal de cable. Es en estos años cuando se casa con Ernesto Goldman, que era el director de música del Macabi, con el que tiene una hija a la que llaman Ayelet. Por esta época estudia magia egipcia y ve en sueños la figura de Satán. Pocos meses más tarde, en el mes de febrero de 1997, se fue a vivir a la selva, a Venezuela, donde estudió con un chaman la sanación con energía, y creyó ver el alma de los árboles y de las piedras; esto sucedió en una aldea

colonial llamada Chorone. Para entonces ya se había divorciado y había dejado a su hija al cuidado de Ernesto. En el mes de julio volvió a Cuiabá y por dos meses lo dejó todo: trabajo, amigos, lugares que frecuentaba, y sólo estaba con Ayelet los domingos. Mientras tanto, iba a ver a una mujer que le enseñó el Torá y sintió, sin angustia al fin, que Hashem estaba diciéndole que tenía que ser judía. Ella obedeció el mandato y empezó a dar testimonio de su conversión.

A comienzos de la primavera de 1999, se quedó atrapada en el ascensor de un edificio céntrico, donde iba a realizarse una endodoncia. Junto a ella estaba una chica argentina, que había ido a Cuiabá a visitar a la familia de su tío. Pasaron tres horas hasta que pudieron rescatarlas. Sara Goldman se fue de la ciudad dos días más tarde y no se supo más de ella, hasta el año pasado. Ayelet recibió una carta desde Mongolia. Sara le contaba que se hacía llamar Ozna y que había estado en Rusia e Israel, antes de afincarse en el desierto de Gobi. "Escucho los pensamientos de la gente –le decía sobre el final de la carta. No puedo volver a vivir en una ciudad."

Mis celos al final no explotaron. Algo se atascó en mi sistema nervioso y empecé a sentirme más tranquilo, a hundirme dulcemente en la depresión, creyendo que veía las cosas con más claridad.

Una mañana de agosto, Daniela me despertó con el desayuno en la cama, me hizo un masaje con aceite y se desnudó. Después nos fuimos al viento frío de la terraza del edificio. Nos paramos al borde. Y me empujó hacia el vacío. Volaba o reventaba contra el suelo.

-Volé lejos, aullando.

Volví a los cinco días. Daniela me recibió con una manta. Le costó acostumbrarse a mis nuevos ojos.

Hoy el periodista argentino se vino con un libro sobre la arquitectura de Barcelona.

Así empezamos:

“Algunos días se puede ver toda Barcelona sin despegar los pies del suelo. El mirador ideal es el antiguo parque de atracciones que se levanta detrás de la ciudad, en lo alto de una montaña de la sierra de Collserola conocida como Tibidabo. Su curioso nombre procede de las palabras latinas *tibi dabo* (te daré) que pronunció el Diablo ante Jesucristo cuando aquél lo llevó hasta la cima de una montaña para mostrarle los bienes del mundo en toda su seductora vanidad. Aunque Jesús rechazó su ofrecimiento, el visitante moderno no tiene por qué hacerlo.”

Recién a la vuelta me pregunté sobre los propósitos de Daniela para empujarme en la cornisa. Si no concebía la posibilidad de que quisiera matarme, debía pensar que sabía de mi capacidad de vuelo, antes que yo. No obtuve ninguna respuesta clara. Ni ella misma lo sabía con certeza, pero insistía en que de algún modo siempre lo había sabido. Me lo dijo llorando. Fue la única vez que lo charlamos y yo le creí.

Me he dado cuenta de que al periodista argentino le gusta dar golpes de efecto para obtener respuestas acaloradas, comprometidas. No siempre le sale. A veces sugiere el conocimiento de ciertas intimidades, o es deliberadamente ambiguo y tramposo en el modo de formular sus preguntas. Un ejemplo de esto último: La otra tarde me preguntó sobre mi primer muerto y yo le hablé del primero al que le quité la vida. Por qué lo hice. Me divierte ver su interés en el costado más envilecido. Y no creo que piense delatarme. La venganza es la justicia de los pobres, me dijo esa vez socarronamente.

Creo que era el Dante el que decía que lo que un hombre busca con cada acción es una imagen de sí mismo. Algo así me pasó esa mañana de agosto. Ese salto al vacío y el consecuente descubrimiento de mi capacidad de vuelo hicieron pedazos la imagen que me venía forjando. Los bloqueos y los desbloqueos vienen en todos los frentes a la vez. Y de pronto, me sentí un cheque en blanco para hacer lo que fuera. Estaba con la mujer que quería y podía volar. El peronismo ocupaba la presidencia y tenía mayoría en las cámaras. Era la época de las privatizaciones y había plata dulce en la calle. Y nosotros queríamos crecer. Alquilamos un tinglado para los ensayos y modificamos el número de ilusionismo, que ahora incluía escenas donde levitaba sobre el auditorio. Un par de meses después lo presentábamos en teatros de revista. Empezamos con buen pie. Nos compramos un coche en cuotas y nos mudamos a un piso más grande, a dos cuadras de la plaza Rocha.

Por entonces noté que los huevos se me habían puesto de un color rojo oscuro. Fui al médico y me recetó unos baños periódicos de una solución de borato de sodio. Los síntomas, me dijo, desaparecerían con un par de semanas de tratamiento, pero no fue así. Empecé a pensar que tenía algo grave. Como había hecho antes con mis celos, mientras tanto, mantenía en secreto el tratamiento.

Para hacerme la solución tenía que hervir unos sobrecitos de borato en un litro de agua, dejarlo enfriar y luego ponerlo en una botella que escondía detrás del bidet. Dos veces al día bañaba unos algodones en la solución y los apoyaba en mis huevos durante diez minutos. Lo hacía religiosamente, no me salteaba ni un baño y nada, no me curaba. Estaba aterrado, y no me atrevía a ver a ningún médico. Leía o escuchaba la más mínima referencia al sida y mi corazón latía los pulsos del pánico. Hacía unos seis años ya, me había acostado sin forros con

una puta y me había agarrado unos hongos. Hete aquí que me podría haber agarrado algo más. Por otra parte, tuvo su lado paradójal. Mis miedos estaban estrictamente circunscriptos a esta fantasía enferma. En lo demás, en mi vida sexual, social y profesional, me sentía un león.

Al principio, solía elegir las noches brumosas. Subía a la terraza, me ponía las antiparras y emprendía vuelo. Lo que más me gustaba era sobrepasar las nubes, y ver allá arriba otro cielo más luminoso y despejado. Nada pasaba por mi mente mientras lo hacía, era una pura sensación de poder y soledad. Luego bajaba con cautela, atisbando la posible presencia de algún helicóptero de la policía, y daba una vuelta contemplando la ciudad.

Manuel Puga nació a fines de 1923 en Cabo Vilano, sobre la costa de Galicia. Fue el mayor de cinco hermanos. Su padre era torrero del faro y le gustaba tocar el acordeón para animar los bailes que armaban con los vecinos. Su madre era ama de casa y usaba las sábanas de la familia como mortaja para los naufragos. El faro de Cabo Vilán señala uno de los tramos más peligrosos de la llamada Costa de la Muerte, pero también uno de los más hermosos. Manuel tuvo un conocimiento temprano de la finitud en este marco. Cada vez que ocurría un naufragio, veía, en pantalones cortos, los cadáveres de los ahogados flotando en las aguas. Ya adolescente, estando en Cabo Silleiro, se cruzaba a diario con los cuerpos tirados en las cunetas de los paseados en 1936; eran hombres jóvenes, muertos todos de un tiro en la sien: llegaba la guerra civil. En 1948, después cursar en Vigo sus estudios de bachillerato, comenzó a estudiar Náutica y abandonó la carrera por su afición a la fotografía. Un año más tarde se ganaba la vida montando su primer taller en la localidad de Betanzos, en la provincia de La Coruña. Hacía retratos de niños

a domicilio, abandonando las pequeñas fotografías hechas con un aparato de fol. Se instaló en Ferrol, al norte de la provincia. En cinco años ya se había ganado una modesta reputación en el rubro. En 1955 trabajó como reportero para varios diarios gallegos y formó parte del equipo técnico en el rodaje de la película "El Camarote". En 1958 se fue a estudiar fotografía a color en el Hamburger Photo Schule y al año siguiente fue nombrado corresponsal de TVE en Galicia. En otro orden de cosas: mantuvo tres relaciones largas (las tres con mujeres de pelo castaño y caderas anchas), pero nunca se casó ni tuvo hijos. El humo del tabaco le molestaba, pero fumaba cada tanto en una cachimba traída de Marruecos. Era un contenido militante de la moderación. Siempre bebió sin excederse y estaba en contra del consumo de drogas, pero le daba fuerte al cocido gallego y, por una temporada, a las apuestas en la ruleta. Por lo demás, parecía mantener... Bueno, dejeló. En 1979, de camino a una exposición que iba a realizarse en Santander, sufrió un grave accidente de tráfico que le dejó la cara cruzada por una cicatriz. A partir de entonces, empezó una oscura serie de autorretratos que duró hasta 1982. Dos años más tarde, mientras se tomaba un mes de descanso en un pueblito de Mallorca, empezó a frecuentar una familia argentina que pasaba sus vacaciones en la isla, en una casita cercana a la suya. Eran un matrimonio de mediana edad con dos hijas, una de seis años y otra de catorce. Manuel Puga tenía la costumbre de pasar a verlos al mediodía, cuando volvía de pescar en un bote de alquiler. En una ocasión, en lugar de aparecer Manuel, llegó el pescador mallorquín que era el que lo acompañaba en las salidas. El pescador entró en la casa con toda familiaridad, empezó sacar pescados de una bolsa y, jocosamente, apuraba al argentino para que prepare el fuego. La familia tardó en comprender que ese hombre era Manuel. Él ni se había dado cuenta de que había adquirido el aspecto y la voz del pescador mallorquín.

El espectáculo se llamaba “La noche mágica de Molgo Raf”. La sala tenía quinientas plazas que no llenábamos, pero manteníamos una afluencia más o menos respetable para los dueños del teatro. Así estuvimos año y medio, intercalando estas presentaciones con dos temporadas veraniegas en Mar del Plata.

Una noche lluviosa, después de una función, a la que habían asistido mis padres, un coche nos interceptó de camino al restaurante donde solíamos cenar. Bajaron dos tipos con capucha y nos encañonaron con una treinta y ocho. No nos sacaron las billeteras ni los bolsos. Se llevaron nuestro coche. Y nos quedamos los cuatro viéndolos alejarse bajo la lluvia.

Esa madrugada soñé que sacaba la llave de casa y usaba mi poder para dispararla hacia el coche mientras se iba. La llave atravesaba el parabrisas trasero y se enterraba en la nuca del conductor. El coche se iba hacia un costado y se chocaba de frente contra la persiana de un negocio. Perdía de vista a mis padres. Daniela se enfurecía conmigo y tenía que agarrarla de los brazos, para evitar que me destroce la cara con sus arañazos.

En esa época conocí a Cristina. Un amigo se había separado de su mujer y le alquilaba una habitación en su casa. Yo iba a visitarlo cada tanto y fui conociendo a otra gente que venía por Cristina. Así, en una fiesta que se armó espontáneamente a media semana, la atracción hacia Cristina se conjugó con unos bailes y unos vinos y terminamos en la cama. Fue una linda historia que duró poco más de diez meses, hasta que ella se puso de novia con un baterista. Para entonces, yo llevaba una paranoia menos encima.

Con ella fui cuidadoso y siempre usé forros, pero en una ocasión se nos rompió. Estaba en un día fértil y tuvimos suerte de que la regla le llegara sin atraso. Unos siete meses más tarde hospitalizaron a su hermana. Cristina tuvo que donar sangre

y sometieron su muestra al protocolo analítico habitual. Ahí se enteró de que le había salido negativo el test de HIV. A la semana tomé coraje y me fui a ver un dermatólogo. Después de dos años y algo, mi irritación en los huevos se solucionó en cinco días, evitando el jabón al bañarme.

El área destinada a los pacientes con enfermedades infecciosas ocupa el noveno piso del Hospital del Mar. Tiene un guardia en la entrada y es la única donde se puede fumar. Yo sigo en la habitación 312. Solo, hasta ayer. Ahora tengo a un viejo consumido en la cama de al lado que parece un insecto parasitado con pinchazos en los brazos. Es repelente. Tiene la piel pegada a los huesos y se le perfilan todas las cavidades del cráneo. No habla, no se mueve y, hasta ahora, nadie viene a visitarlo.

Hoy el periodista argentino llegó a eso de las seis y media de la tarde y se quedó mirándolo asombrado. Luego se acercó al viejo, le apoyó la mano en la frente y se mantuvo así, con los ojos cerrados. Le pregunté qué hacía. Se disculpó sin explicarse y se sentó en la silla, mientras me contaba que le habían ofrecido coca en el pasillo. Alguien sufría un ataque de tos y una pareja gitana discutía al otro lado de la puerta. La presencia de los gitanos en esta planta es constante. Sus parejas se quedan a dormir y a veces llegan los gemidos por las noches. Las familias conversan en la sala de espera por el día. Algún yonki se enloquece. Se escuchan peleas, algún mueble que se cae. El silencio es ahora este viejo en la cama de al lado.

Mes a mes, la relación con Daniela fue haciéndose más triste y cariñosa. Un tipo al que conocí en el bar de la esquina del teatro decía que los matrimonios bien avenidos transforman la pasión del amor en una especie de hermandad incestuosa. Algo así nos pasó con Daniela, pero mi insatisfacción nos alejaba.

Intentamos ser una pareja más abierta, que cada uno tuviera sus historias fuera de casa, pero no funcionó y convenimos en que lo mejor era separarnos. Paralelamente desaparecía “La noche mágica de Molgo Raf”, nuestra función de magia ya no era negocio. Daniela había terminado su carrera de psicología y empezaba a tener algunos pacientes. Su consulta estaba en un departamento de Ringuelet que alquilaba con otras tres egresadas de la facultad. Yo no tenía la menor idea de lo que iba a hacer. Contaba con unos ahorros en dólares que de un momento a otro el banco iba a pesificar, oprimiéndolos a un tercio de su valor nominal. Me había aburrido el ilusionismo y mantenía una rutina horaria vacía. De esnifar unas rayitas de vez en cuando pasé a tomar coca casi todas las tardes. La tomaba temprano para no desacomodarme el sueño. Mientras tanto, el país se estaba yendo a la mierda una vez más y yo me ponía a dibujar ciudades. Me agarró como una manía. Usaba cartulinas blancas y las hacía con marquesinas y con coches y con gente esperando en las esquinas. Hacía cuatro o cinco ciudades al día. Dibujé colas en los bancos y los consulados. Alguna gente se iba a Europa y yo decidí hacer lo mismo. La perspectiva de un viaje me trajo algunos trastornos intestinales y sarpullidos. El entusiasmo flotaba en la superficie de mi mente como una mancha de aceite sobre vino barato.

Compré un pasaje a Barcelona, vendí malamente mis cosas, y la noche antes de viajar, fui a dar una última vuelta por el cielo de la ciudad. Salté de la terraza del edificio bajo un techo de nubarrones. Una tormenta eléctrica se acercaba desde el oeste. Los truenos eran como olas que me empapaban la cara.

Di una vuelta mirando el paisaje con el estómago revuelto, y poco a poco, casi sin darme cuenta, me fue ganando un ataque de odio sin objeto. Era estúpido. En los diarios y en la calle sobaban los motivos para estar rabioso e indignado. Pero yo no estaba furioso por la usura y el desastre. Ni estaba

indignado por las sonrisas de los impunes. Yo vivía de mis ahorros sin trabajar, me peinaba unas rayas y dibujaba entre cuatro y cinco ciudades al día. Creo que entonces, entre otras cosas, era incapaz de experimentar algo de empatía, salvo con algún perro o algún gato. Y naturalmente, me sentía frustrado. Vagamente traicionado e ignorando la traición.

A eso de las tres de la mañana, estando a un paso de casa, vi un Citroën C3 entrando despacio en el parque Castelli. Era de color negro, parecía nuevo. Al pasar bajo un farol vi que tenía hundida la parrilla y parte del capot. Iba a seguir viaje cuando hizo una maniobra brusca. Como si el conductor hubiera soltado el volante para defenderse de un ataque. Volé más cerca de los árboles. El Citroën se detuvo en el sector más frondoso y oscuro.

Un tipo de unos cuarenta años bajó del coche, dejando la puerta abierta. Estaba nervioso y asustado. Atinó a abrir el baúl y se puso a caminar en círculos. Hay que mantener la calma, se decía, me cago en dios, hay que mantener la calma. Abrió el baúl con decisión y se puso a vomitar en la tierra.

Un foxterrier se asomó desde el asiento del conductor y saltó hacia afuera. El tipo se limpió la boca con un pañuelo. El perro se había sentado sobre sus piernas traseras y lo miraba como esperando algo. El tipo sacó del baúl el cuerpo de una mujer madura vestida de azul. El perro vio a un gato que pasaba y se puso a ladrar sin perseguirlo. El tipo, espantado por el ruido, se lanzó sobre el perro y lo levantó aprisionándolo por el cuello, haciéndole lanzar un quejido que me disparó hacia el suelo y me plantó frente al tipo. Lo normal hubiera sido que alguno de los dos se sorprendiera, (él por mi aparición repentina, o yo por el gesto con el que reaccionó), pero el caso es que me ofreció una espontánea mirada de odio y a mí me alegró que no se asustara. Normal, la muerte es normal, pero lo que la

rodea nunca lo es. Usé mi poder para elevarlo del suelo, lo impulsé hacia atrás y lo dejé goteando sangre, ensartado a la altura del pecho en la sólida rama de un roble.

Tibor Wiesel nació en Budapest, en 1909, y fue el menor de cuatro hermanos. Dos de ellos estudiaron economía, y su hermana se casó primero con el propietario de una fábrica de cucharas y después con un banquero. Su padre formaba parte de la Junta del Ayuntamiento y tenía una empresa de bebidas gaseosas. Por su parte, Tibor empezó a estudiar Filosofía e Historia del Arte, pero en 1924 su padre decidió enviarlo a París a realizar unas prácticas rentadas, como agente de bolsa en la empresa de un amigo. Desde entonces se dedicó de pleno al mundo de las finanzas. Y poco tiempo después, haciendo operaciones en corto, resultó ser uno de los pocos que obtenía beneficios con el crack del 29. Cuando los alemanes ocuparon Francia, se mudó a Nueva York donde fue el director general de la G. Ballai Financing Company hasta 1950. Mientras tanto su afición por el arte persistía y aseguraba que las mejores decisiones las tomaba escuchando las sinfonías de su amigo Richard Strauss. Una vez finalizada la segunda guerra mundial, invirtió en la reconstrucción de Alemania. Tras el boom económico, los títulos que había comprado a 250 francos franceses se cotizaban entonces a 35.000 cada uno. Vivió en París, en Munich y en la Costa Azul. En octubre de 1974, comienza a dar seminarios de su experiencia bursátil. Dio una centena en distintas ciudades del mundo y escribió varios libros compilando sus enseñanzas. Muy resumido, es lo que acabo de contarle. Lo que no salió en esos libros, lo que la gente no sabe, Molgo Raf, es que Tibor Wiesel no envejecía. O mejor dicho, lo hacía de manera aletargada. A los cuarenta años parecía un muchacho de veinte, y a los sesenta pasaba por uno de veintiséis. Se casó una sola vez, con una bailarina de Hungría que conoció en la Costa Azul, y se mantuvo junto

a ella cincuenta años de su vida. Ella le maquillaba arrugas y manchas en la piel. En el mes de agosto de 1977, Tibor viajó a La Plata con motivo de una conferencia en la Facultad de Ciencias Económicas. Estando de paseo por el centro, sufrió un pico de presión, por lo que estuvo en observación unas horas. La conferencia debió postergarse. Esa noche soñó que era un caracol que se arrastraba por las paredes de un horno. Y al despertar, vio en sus manos que los efectos rezagados de sus sesenta y ocho años lo habían alcanzado. Pasada una semana, comenzó a tener dolores prostáticos, reumáticos, lumbares, y entró en un pozo depresivo del que salió tras dos inviernos. Aprendió a tocar el violín a los ochenta y cuatro años de edad. Y empezó a dar largas caminatas en donde se imaginaba, confundido, padre y abuelo. Falleció el 14 de septiembre del 2002, en una tarde de mucho viento, en una casona en las afueras de Niza.

Del primer año en Barcelona recuerdo haber trabajado como repartidor de guías telefónicas y como comercial vendiendo conexiones de banda ancha. Por entonces casi no tomaba coca, pero me emborrachaba a diario. En esta época conocí a Patricia. Ella era unos diez años mayor que yo. Catalana. Estaba casada y tenía un hijo de cinco años. Patricia era bastante pudorosa. Casi no hablaba de sí misma y nunca se quejaba de nada. Le alegraban los días fríos e irse cada tanto a una casa en la montaña. Tenía el pelo castaño, muy corto, sus ojos eran negros, e insinuaba apenas en su manera de vestir las curvas de su cuerpo. Yo disfrutaba de sus misterios y sus contrastes. Se desataba mientras lo hacíamos y cuando acabábamos solía ocultar la cara contra la almohada.

En ese año me quebré el brazo derecho y me tuvieron que poner siete puntos en la cabeza. Volar era un peligro. No tenía estabilidad ni control sobre mis movimientos. Por las noches,

revivía la escena del parque de Castelli. Mataba una y otra vez al tipo del Citroën. El perro ladraba, todo el tiempo.

Parece que va a llover, pero hace tres días que el cielo está así y no cae una gota. Las aguas van a la suya. Las lluvias se concentran en el norte cantábrico, en el borde noroeste y en los Pirineos, donde no existen períodos secos: es la España húmeda, frente al resto que forma la España seca.

Roxana Bauer había cenado, en la noche del crimen, en la casa de Ernesto Bules Cháste y su esposa. A las once salieron en el coche con rumbo a la Terminal de autobuses, ya que Roxana viajaba a San Luís, provincia en la que residía, quedándose la esposa de Ernesto en la casa. En el trayecto, mientras esperaban en un semáforo en rojo, serían secuestrados por dos sujetos con antecedentes penales por robo y hurto, los hermanos Roselini, quienes los llevarían hasta el parque Castelli. Una vez ahí, asesinarían estrafalariamente a Ernesto, violarían a Roxana y le provocarían la muerte por estrangulación. Como toda argumentación a este disparate, las fuentes policiales argüían que estaban bajo los efectos de la pasta base de coca. No tardaron más de cuatro días en cerrar el caso. Simultáneamente, una internación de Maradona ocupaba las tapas de los diarios. Ernesto Bules Cháste era secretario general del Banco Central de la Plata y, evidentemente, estaba metido en asuntos más gordos que los míos. Llegó a trascender que Roxana era arquitecta y formaba parte de un importante grupo de inversiones inmobiliarias en su provincia, pero nada se dijo de los motivos de su visita a La Plata.

Leo en el libro sobre Barcelona:

“Los nombres primitivos de los dos arroyos que cruzaban la Barcelona medieval eran el Merdançà (río de mierda) y el

Cagalell (de cagalló: cagarruta), cuyas aguas ya no eran potables en el siglo XIV y siguen así desde entonces.”

Yo alquilaba por entonces una habitación en la calle Carders y era ahí donde Patricia venía a visitarme unas dos veces a la semana. Era un cuarto húmedo y oscuro, con una ventana que daba al pulmón del edificio, llena de botellas vacías, diarios, algunos aparatos que me encontraba en la calle (un amplificador Sanyo con ecualizador de treinta bandas), que ahí se acumulaban junto a la ropa tirada y algunas novelas policiales.

Una tarde, estaba tirado en el colchón observando a Patricia, que miraba pensativa por la ventana, y tuve una especie de revelación. Me pareció que su alma me había dejado así sin más. Y la vi tan relajada y abrazada a sí misma y ausente, con su cuerpo desnudo y los primeros frescos del otoño, que sentí un fuerte impulso de poseerla sobre la mesa, junto a la ventana, y me di cuenta, mientras la verga se me endurecía, que estaba solo en un país lejano, que esa mujer era real, que yo era real, y en algo así como un espasmo, que todo eso era algo milagroso y muy triste. Me levanté sin saber lo que haría, la abracé y me quedé junto a ella, sintiendo el calor de su piel y sus caricias en la espalda. No sé el tiempo que estuve llorando en su hombro. Después de muchísimos meses volvía a sentirme una persona.

Éramos cinco y acabábamos de dejar atrás la estación de Guinardó. Un tipo de unos cuarenta y algo, medio pelado y con barba, iba sentado en el centro del vagón leyendo un libro, y frente a él, de pie, había tres tipos camorreando que tendrían unos treinta años, quizá menos, con el físico trabajado en algún gimnasio del extrarradio, pasándose una botella de medio litro, y escupían y se reían, dejando los gargajos junto a los zapatos del cuarentón, que mantenía la vista fija en las

páginas del libro. Una estación más tarde, uno de ellos, después de una última pitada, le tiró la colilla de un cigarrillo entre las piernas, que le rebotó y cayó al suelo. El cuarentón levantó la vista y los miró por primera vez a la cara. Oh, se enojó el viejo. Los tipos se rieron otra vez. El cuarentón volvió la vista hacia las páginas de su libro y uno de ellos le escupió en la pelada. Los otros se quedaron tentados y expectantes. Después de limpiarse en silencio, el cuarentón se levantó como para irse hacia el extremo opuesto al que yo me encontraba, se volvió de golpe y le dio de lleno en la mandíbula al que lo venía buscando. Fue un golpe limpio. El tipo quedó tumbado en medio del coche. Y ahí me metí yo.

No sé si conté ya que me doy algo de maña con la papiroflexia. Bueno, el caso es que había armado una pareja de patos y un halcón. Y hacía que los patos flotaran a unos pocos centímetros del cubrecama. El halcón se movía en las alturas, rozando el techo y atravesando todo el perímetro de la habitación. La luz de la noche entraba por la ventana y le daba ambiente a mis criaturas con sombras tenues sobre la pared. Pobre bestia – conversaban los patos-, con el frío que debe hacer ahí arriba. El halcón se veía pesado y estaba a régimen. Miraba a los patos con el rabillo del ojo e intentaba no prestarles demasiada atención. Daba vueltas, caía en tirabuzón, volaba de panza al techo, hacía un looping. Cada tanto volvía a mirar a los patos y pensaba: Las cosas que hay que hacer... En fin, que estaba matando el tiempo, improvisando cualquier cosa, cuando el viejo de la cama de al lado se le da por ponerse a hablar. El halcón se estampó con sus complejos contra la ventana. Los patos fueron dos pliegues de papel sobre la cama. Y yo quedé blanco como la misma luna. Qué paranoia, qué paranoia –decía el viejo sin abrir los ojos. Tenía una voz echa mierda que te helaba la sangre. Qué paranoia. Al cabo de un par de minutos

no pude soportarlo más. Tuve que levantarme de la cama y zarandearlo despacio por el hombro, para que se callara de una puta vez.

El cuarentón se llamaba Marcos y era chileno. Ahora cumple una condena por estafa en alguna prisión de Santiago, pero estoy empezando por el final. Después de la pelea nos hicimos amigos y solíamos emborracharnos por ahí.

Marcos militó en el partido comunista chileno, formó parte de una célula guerrillera por un tiempo, se dedicó al comercio de lapislázuli y después montó con tres amigos una empresa con el único fin de reventarla. Se fugó de Chile y anduvo por Paraguay y Brasil, subiendo hasta Colombia. Se vinculó con gente cercana a lo que quedaba del cartel de Medellín. Habrá hecho unos cinco viajes a Europa para traer algún dinero pendiente. En uno de ellos quedó vinculado a un capo y estuvo preso tres meses en Huelva, pero lo soltaron por falta de pruebas. Decidió, ya que estaba, quedarse un tiempo por acá. En cosa de nada se conectó con un rumano que estaba en el negocio de la prostitución y empezó a trabajar para él, primero como campana y después como captador. De este modo ganaba tiempo, mientras en Chile, una abogada de confianza trabajaba en su causa, moviendo influencias para declararlo mentalmente perturbado.

Por la mañana, al despertar, me encontré con la mirada del viejo de la cama de al lado. Le hice un gesto con la mano, pero no me devolvió el saludo. El doctor Pau pasó cerca del medio día y estuvo ocultando su turbación mientras lo interrogaba. ¿Siente algún ardor al tragar? No. ¿Siente en las piernas un cosquilleo, como si las tuviera dormidas? Uh. Era evidente que ninguno de los síntomas cuadraba con el diagnóstico que había elaborado. Cuando el doctor Pau salió de la habitación,

mirá si será hijo de puta, el viejo se empezó a reír.

El periodista argentino hace dos días que no aparece.

El rumano para el que trabajaba Marcos se llamaba Eugen. Regenteaba un grupo de prostitutas que tenía distribuidas en algunas calles del Raval y en cuatro departamentos del Example. Eugen era un caso singular. No trabajaba para los capos, iba por la suya. Y esto por dos razones. Primero porque estaba un poco loco, y segundo por una superstición en torno a su figura, que él mismo había fomentado entre el círculo rumano. Habían intentado asesinarlo al menos en cuatro ocasiones y todos los sicarios implicados murieron al poco tiempo por distintas enfermedades espantosamente dolorosas. La gente pensaba que era como la tumba Tutankamon. Aún así, llevaba tres gorilas que lo acompañaban a donde fuera, y tenía un grupo de vigilancia para proteger a sus chicas. Sus estrategias tensaban las relaciones con sus pares en Cataluña y si la cosa no terminaba de explotar, era porque estaba bien relacionado y tenía un poder efectivo, más allá de las maldiciones y las putas, que nadie ignoraba. En la época en que Marcos se incorporó a su clan, Eugen estaba captando chicas que ya estuvieran trabajando para otros clanes en la ciudad. Les ofrecía un cuarenta por ciento de lo que recaudaran y les garantizaba su seguridad. Había tipos pesados que se veían afectados en sus intereses, ya que habían pagado por estas chicas, que podían desfigurarlas furtivamente.

Yo empecé a trabajar con ellos en el invierno del 2004 y estuve de vigilante durante tres años, hasta que terminé acá. Con la excepción de Marcos, nadie en el grupo de Eugen supo nunca de mis poderes telekinéticos ni que pudiera volar.

Mi lema fue siempre:

Usar el poder, ocultar el poder.

A la fecha, acá internado, sigo alegremente en picada. El doctor Pau acaba de darme una mala noticia, y a mí se me ha dado por escribir una especie de haiku. Dice así:

Ala, palmeo
Fuera de acá
Moscas mías

Encima, por la noche, el viejo de la cama de al lado me miró como enojado y le agarró un ataque de algo parecido a la epilepsia. Se lo llevaron al quirófano y hoy no está en su cama.

Mientras miraba una película de ninjas un domingo a la tarde, se me ocurrió que quería explorar en el arte del ninjutsu. Fue una inquietud bastante frívola. Me sentí identificado con el carácter furtivo y casi sobrenatural de los ninjas y me anoté en las clases de un viejo de setenta años en un gimnasio de Poble Nou. Duré cinco meses, durante los cuales, cuando estaba al pedo en casa, en lugar de tirar dardos contra la puerta que separaba el living de la cocina, utilizaba el Shuriken, la estrella de cuatro puntas.

El periodista argentino llegó con los pelos revueltos a eso de las seis y media de la tarde. Lo vi desmejorado. Tenso. Cada tanto movía el cuello en forma circular y arqueaba la espalda, echando los hombros hacia atrás. No me contó el motivo de su ausencia, pero algo le pasó en estos tres días que pasaron. Se me da por pensar en cosas raras en las que prefiero no ahondar. Ni miró la cama vacía. Se sentó en la silla con el cigarrillo apagado en los labios y se cruzó de brazos. Es una gárgola: podría decir que lo pensé, pero era una voz en mi cabeza con un extraño poder de persuasión.

Al fin se rompió el silencio.

Toxoplasmosis, dijo. ¿Qué pasa con la toxoplasmosis? El

viejo, tenía el sistema inmunológico a la miseria y se le pudrió el cerebro. Por la toxoplasmosis.

Faltaban unos días para la navidad y estaba en mi día libre cuando Eugen me mandó a llamar. Tenía que estar en su casa de Llavaneres, a las nueve de la noche. Esto era poco usual. Cuando nos tenía que dar una indicación personalizada, nos convocaba a unas oficinas cercanas al puerto de Barcelona.

Una vez en Llavaneres, me encontré con una casa rústica que, según me enteré después, había sido edificada en los años setenta, siguiendo el estilo tradicional de las masías catalanas. La casa principal tendría unos ochocientos metros cuadrados, desde donde se veía la costa del Maresme, y la rodeaba una extensión de terreno con pinos y encinas.

Eugen me recibió en un estudio con tres de sus paredes cubiertas por libros. En el flanco restante había una estufa a leña vacía, dos cuadros en acrílico (con las caras de una vieja y un viejo), y en el centro, un escritorio de madera negra enfrente a dos sillones blancos de una plaza. Me pidió que tome asiento y, en un par de minutos, terminó de escribir algo en el ordenador.

Ya al entrar a la casa, antes de acceder al estudio, uno de los secretarios de Eugen, un tipo de mirada punzante, muy pálido y flaco, me advirtió que no andaba en sus mejores días. Eugen se estaba dejando la barba. Se había muerto su tío y es costumbre entre los rumanos no afeitarse en señal de luto.

Ni bien apartó el ordenador, se le dibujó un rictus patético mirando la madera del escritorio. Fue una cosa de nada. Después, muy serio y pausado, me dio a entender que el hecho de que yo, el hijo de unos inmigrantes húngaros perdidos en Argentina, estuviera trabajando para él, se debía en primer lugar a Marcos (lo había conocido en Chile hacía unos siete años, más o menos, y entonces había adquirido una deuda con

él, que todavía no terminaba de saldar), y en segundo lugar, a que le venía bien tener a alguien que no fuera rumano, por ser más fácil de camuflar, me dijo, cosa que por supuesto no le creí, aunque asintiera con un gesto complaciente, mientras me daba perfecta cuenta, en ese preciso instante, de que ese tipo me despreciaba.

Una vez cada tanto, a partir de esa entrevista, me encargaba de llevar una valija de acero, con ciertos virus y bacterias que se cultivaban en algún rincón de Llavaneres. Las dejaba en las cocinas de tres restaurantes de Barcelona, frecuentados por el sequito más cercano de algunos jefes rumanos.

Marisa Echazarreta, como su amigo Marcos, era chilena. Nació el 8 de junio de 1910 en Viña del Mar. De familia acomodada. Sus ancestros eran hugonotes franceses que emigraron a Alsacia y, según le gustaba contar a Marisa, el tipo que mató a Chéjov era pariente suyo; aunque Chéjov se muriese sin la ayuda de nadie. Como a los 8 años, Marisa escribió sus primeros poemas que eran muy malos. A la luna, a un canario, y unos versos que elogiaban los copihues blancos. Su padre murió cuando tenía nueve años. Era su hija predilecta y un tío decía que, si al retrato de su padre le sacaban el bigote, era igual a ella. Había iniciado sus estudios en el Colegio de Monjas Francesas, pero, tras el fallecimiento de su padre, la familia se trasladó a París, donde ingresó al College Sainte Geneviève. En esta época experimentarían su sexualidad con hombres y mujeres. Sus estudios superiores los realizó en la Sorbona obteniendo una licenciatura en filosofía y letras. En 1931 volvió a Chile (a tiempo para ver la caída del dictador Carlos Ibáñez), donde estaría un par de años que ella denominó "un período bisagra", no sé exactamente por qué. Partió a Argentina en 1933 y se fue a vivir a la casa de su amigo Pablo Neruda. Por entonces conoció a Borges, a Oliverio Girondo, a Norah Lange, a Federico García Lorca y a Lucrecia

Maldonado (la abuela de Daniela Medrano), entre otros escritores de la época. A través de Lorca conoció al pintor Julio Menendez con el que se casó pasados unos meses, pero el matrimonio fue breve debido a la temprana muerte de Julio. Escribiendo para la revista literaria Sur, bajo la dirección de Victoria Ocampo, Marisa publica sus primeras historias de énfasis psicológico. Por entonces sufre un accidente banal, se resbala, al salir de la ducha, y en lugar de golpearse la cara contra la puerta, la atraviesa dejando la madera intacta, y queda desnuda en el pasillo de la casa. Guardó el hecho en un estricto secreto, pero a partir de entonces, atravesaba paredes, puertas y ventanas cuando estaba sola. En 1935 publicó La masa ajena centrado en la extrañeza con la que una adolescente descubre su regla, y en 1938, La momia destapada, donde trata el tema de la muerte. "Para mí –decía a una periodista- hay dos muertes: una primera, que significa comprender, y una segunda, a la que nuestra inteligencia no llega". Se podría decir que toda su obra se centra en personajes femeninos y en su mundo interno, trazado por las angustias de lo real. En 1941 hirió gravemente de un disparo a su entonces amante, el anticomunista Heriberto Sánchez. Fue absuelta por la justicia, pero se vio obligada a emigrar a los Estados Unidos. Ahí trabajó doblando películas al castellano y haciendo publicidad en inglés. Tiempo después se trasladó a California; Hollywood había comprado los derechos de La masa ajena. Trabajó con John Huston quien convocó a Lauren Bacall y Humphrey Bogart para los roles protagónicos. En 1947 reescribió la novela con el título The Strange Dough, y escribió el guión de la película, pero el macartismo detuvo los proyectos del director. Marisa abandonó Hollywood y se radicó en New York, donde conoció a Raphaël de Bordeliere, un importante chelista francés perteneciente a la nobleza, con el que posteriormente se casó. De esta relación nació Brigitte de Bordeliere Echazarreta, única hija de la escritora, quién llegó a tener el

pelo tan largo que por poco no le llegaba a las rodillas. Marisa pensaba que el pelo de la mujer era como las enredaderas, algo que las unía a la naturaleza. María Grindela, la protagonista del cuento Sedas Nuevas, hunde su cabellera en el río Malleco, y en otro cuento, Trenzas, dice que los árboles del bosque y el cabello de una hermana en la ciudad poseen las mismas raíces. Marisa Echazarreta abandonó los Estados Unidos en 1971 tras la muerte de su esposo. Se trasladó a Buenos Aires y, en el año 1973, regresó definitivamente a Chile. Fue autora de siete novelas y dos libros de cuentos, en los que nunca mencionó su capacidad para atravesar la materia. Sus últimos años los pasó en la casa de reposo de Héctor Pecht, donde se emborrachaba cada día. Tenían que llevarla al hospital una y otra vez debido a sus frecuentes crisis hepáticas. Falleció el 6 de mayo de 1980 en la ciudad de Santiago de Chile, víctima de una hemorragia digestiva generalizada.

En los pocos momentos de silencio, que se crean en la novena planta, suena contra los vidrios el viento que hoy está desatado. Si no miro a través de la ventana, el parque y la ciudad, el silbido me transporta a una habitación idéntica a la que ocupó, pero en un edificio cercado por kilómetros y kilómetros de dunas.

Un día más y pasó la mañana. Y una enfermera nueva. Beatriz.

Karina no dejaba de echarme miraditas cuando nos cruzábamos en la calle. Debía considerarme un tipo con suerte: era especialmente bonita y vivaz. Tenía el pelo castaño y rizado, que le caía sobre la cara y resaltaba unos enormes ojos verdes, e incluso cuando podía intuir que andaba con un mal día la veía bonita y vivaz. Trabajaba de camarera para una cadena de comidas en la que calentaban platos congelados en microondas. De esto vivía. Mientras tanto, esperaba hacer fortuna haciendo un programa piloto de radio. Y el piloto era

bueno, pero todavía no sabía nada.

La historia duró dos meses y no podía durar más. En la cama resultó de una pasividad extrema. Lo que me mantenía enganchado era el enfermizo tire y afloje que sosteníamos. Era impulsiva y peleadora. Y jugábamos el número histérico de la fiera y el domador.

Así estuvimos. Hasta que un día tuve la idea absurda de decirle que estaba enganchado. Ahí empezó: Nunca me invitas a un restaurante, a un cine, a ningún lado. Siempre a tomar unas cañas y a follar, me decía. A la semana me dejó por un tipo que hacía masajes tailandeses. Una historia idiota, mezquina. Ella y yo.

Recuerdo una de las primeras noches que pasamos juntos. Desperté en su cama a la madrugada. Tanteé con los brazos el colchón y no había nadie al lado. Abrí los ojos y por un momento no supe dónde estaba. Karina compartía el piso con dos amigas. A pesar de la modorra y la resaca, acerté al suponer que se había ido a otra habitación por mis ronquidos. Me levanté, me puse la camisa y, en la oscuridad, comencé a recorrer la casa que casi no conocía. Iba descalzo por un pasillo largo y el suelo estaba frío. Me asomé en la primera puerta y no vi nada. Encendí el mechero para iluminar la habitación y la encontré vacía. En la segunda vi que alguien dormía dando la espalda a la puerta de entrada. Me saqué el bóxer y la camisa, me metí en la cama y abracé por detrás a la que dormía.

El camino hacia la invisibilidad. Ser una pequeña parte de la noche, moviéndose con el viento y las sombras, sin emociones, haciendo lo que deba ser hecho. Para ser un buen ninja hay que aprender a vaciar el corazón. Ser como un virus. Ser una pequeña parte de la noche.

En la última mañana que fui a Llavaneres, mientras iba a la cochera a buscar mi coche, vi un sobre tirado, junto al bordillo de la calle, del que sobresalían algunas fotos. Se veía a un quinceañero con equipo de paracaídas cayendo al vacío. Serían unas treinta fotos sacadas en un salto de bautismo. En varias de ellas, salían dos pibes que, por el parecido, podrían ser hermanos, cayendo en tándem con sus respectivos instructores. No creo que nadie las hubiera tirado a la calle deliberadamente. Me senté un momento en el bordillo para verlas con más detenimiento.

En otras circunstancias quizá no me hubieran afectado, pero ese día estaba nublado y yo me había levantado especialmente deprimido.

Volviendo de Llavaneres, con la valija llena de ampollas bajo el asiento, seguía pensando en las fotos y tuve ganas de abandonar el auto en la cuneta. Veía la autopista y veía los coches en hileras, veía las señales de tránsito y la tierra al costado del pavimento. El paisaje me era extraño de pronto. El resto fue tan rápido que apenas pude observarlo. Estoy rebasando a un camión con acoplado y se le rompe la dirección. El camión se bandea y se me viene encima. Intento esquivarlo y ya no recuerdo más.

Me desperté en un puesto de emergencias sanitarias. No había sufrido lesiones graves, sólo algunos cortes, una que otra contusión y pronto me dieron de alta. Mi coche estaba inservible y la valija destrozada. A los dos días del accidente empezaron los dolores de espalda y las náuseas. A los tres días casi no podía caminar y meaba sangre. Al día siguiente estaba internado y desde entonces acá estoy, recibiendo dosis periódicas de morfina.

Conocí a Daniela volviendo de Caleta Olivia durante el invierno del 97. Ella estaba haciendo dedo y la llevé hasta Comodoro

Rivadavia. ¿Conoce la zona, Molgo Raf? El suelo es árido y está barrido constantemente por el viento. Gracias a la pesca y a los yacimientos de petróleo, Comodoro es un lugar que está creciendo a gran velocidad, pero es una ciudad horrible y chata, y lo mismo se puede decir de Caleta. Daniela estaba trabajando como asistente social para un centro de emergencia situado en las cercanías de un pozo petrolero. No supe exactamente lo que hacía ahí, pero me dio a entender que había una importante población de niños con serias alteraciones psicomotrices. Yo estaba investigando el naufragio de un barco japonés cercano a la costa, pero había surgido un asunto urgente en Buenos Aires y debía volver ese mismo día. Tomé nota mental del caso y me prometí que al volver iba a echar una miradita al centro de emergencia que Daniela había mencionado.

Al llegar a mi casa en Caballito empecé a sentirme mal. Me mareaba, se me doblaban las piernas y sentía un cansancio de siglos en los huesos. Me acosté un momento para ver si se me pasaba un poco y puse el despertador por las dudas. Tenía una entrevista con un ministro a la que tenía que acudir en un par de horas. Dormí profundamente durante cuatro semanas. Entré en coma. Y al despertar supe que no estaba solo, que nunca lo había estado, que había sido una suerte de larva... Mmm.

Ya sé lo que piensa. No sea ingenuo, Molgo Raf, no fue un episodio psicopático. Puedo ponerme en la piel de cualquiera como no lo ha hecho ningún santo en esta tierra.

Como es natural, para la gente del diario yo estaba en estado de convalecencia y no podía trabajar. Decidí prolongar la farsa un tiempo más y tomé un avión para Comodoro. Ya ve usted, hasta alguien como yo debe ganarse el alma. Y busqué a Daniela, pero ya no estaba.

Tomé una habitación, me pegué una ducha y bajé al casino que estaba a la vuelta del hotel. Mientras me tomaba un whisky

y observaba el movimiento de la gente en Comodoro, se acercó una mujer a mi mesa y preguntó si podía sentarse. Dejó claras sus intenciones. Podíamos irnos a un lugar más íntimo, pero no era lo que yo buscaba. La mujer se sonrió. Sabe lo que necesito, pensé. La mujer me habló de un rancho a unos quince minutos en coche. Se ofreció a llevarme. Pasamos por el cajero y salimos después de la ciudad. El rancho era bastante grande y estaba construido en madera, parecía recién levantado. Había siete coches estacionados, todos importados, y en uno de ellos un tipo con barba esperaba fumando. La mujer no entró, me sugirió que le dijera al de la puerta que ella me había traído. Le di un par de billetes y se fue.

Le ahorro los detalles. El caso es que tuve que hacer un par de cosas para ganarme la confianza de esta gente, para lo cual tuve que volver una vez y otra vez. Finalmente, cuatro días más tarde, me llevaron respetuosamente a una salita con las paredes pintadas de verde y me dejaron solo. Al cabo de unos pocos minutos apareció un viejo pelado. No dijo nada. Me miró a los ojos y yo vi en los suyos un gesto de reconocimiento. Luego me llevó por un pasillo, bajamos una escalera y en el sótano había un tipo gordo, desnudo, atado a una silla de hierro. Tenía la cara destrozada por los golpes y la sangre bajaba por su cuello. Alguien se había entretenido un buen rato. Tenía moretones en el torso y en los brazos, también quemaduras y tajos. Gorjeaba al respirar. Al lado del gordo había una mesa en donde descansaba un escalpelo, un pequeño soplete, un frasco que supuse contenía amoníaco a algo por el estilo, y un par de instrumentos más. El gordo parecía dormir, extenuado. Seguramente habría una cámara en algún sitio.

Le pagué al viejo lo convenido y nos dejó solos. Corté las amarras que aprisionaban al gordo. Moje un paño en el amoníaco y se lo acerqué a la nariz. El gordo despertó con cara de espanto. Casi se cae de la silla, pero lo contuve en un abrazo. Conversa-

mos un poco. Me suplicó. Le expliqué que no tenía salida, que el viejo, después de lo que le habían hecho, no podía dejarlo escapar. El gordo se largó a llorar. Esperé a que se calmara un poco y luego le di el escalpelo. Al principio no entendió y estuvo un buen rato resistiéndose a la idea. Yo me puse detrás, apoyé una mano en su hombro, para que sintiera que no estaba solo, y puse mi otra mano sobre su frente. Ardía.

Eso no lo sabía. Que Daniela podía catalizar los dones de la gente. Una capacidad heredada, involuntaria. Así había pasado conmigo y así con el periodista argentino. El periodista. Por qué no lo llamo por su nombre, no lo sé. Él cuenta e indaga, pero mantiene el tonito ese de estoy trabajando. Ahora habla de su vida, es verdad, pero su vida no basta para traer su nombre a esta habitación. Es mi prejuicio. A los periodistas se les cree o no se les cree, pero no se les hace preguntas. Como el reverso de un oráculo, son la respuesta a lo que nadie ha preguntado. ¿Pero cuál será su caso, cuál es el don? ¿Es capaz de vivir esta muerte que se acerca? Hay que dejar las cosas así. Es uno de los pocos lujos que todavía puedo darme. No preguntar, no ceder. Sobre todo no nombrar. Pero imagino cosas. Y ahora son muchos otros. Eso no lo sabía hasta que él apareció. Que lo de Daniela fuera con otros, que lo mío se diera en otros. Eso me alivia. Y pienso ahora que quizá me merezca la compañía del periodista. Lo que no anuncia nada bueno, está claro.

Anoche soñé que estaba en la Barceloneta. Era un día hermoso. Yo estaba sentado en la arena de cara al mar. La playa estaba limpia y la poca gente que había se distendía y hablaba sin estridencias. Alberto Fada se ahogaba a unos ochenta metros de la costa. Yo me quedaba viendo como se hundía con mi lata de cerveza en la mano. Sabía que de un momento a otro llegaría Daniela y nos iríamos por ahí a comer.

La encontré hace cuatro años en Mar del Plata. No esperaba verla. Estaba junto a su marido en un bar y tenía dos nenes de unos cuatro años más o menos. Me reconoció en seguida. Se inclinó para decirle algo al marido y se me acercó. El de Comodoro, dijo. Siquiera pude sentarme. Me hizo salir a la vereda y me pidió que no entre. Es inútil, dijo. Una vez que llega no hay vuelta atrás. Le objeté que yo no quería volver atrás. Le hablé de su abuela que era como ella. Le pregunté cuándo lo descubrió. Se lo pensó un momento y dijo que no era asunto mío. Se trataba de usted, claro. Usted fue el primer bicho raro que le mostró sus alas. Entonces me desconcertó. No esté mal, dijo. Su marido, sentado a la mesa con los niños, miraba cada tanto hacia fuera; no se lo veía preocupado. ¿Por qué me consolaba? Me subió el calor a la cara. Le juro que me vinieron ganas de escarmentarla. Al momento sentí que las piernas no me sostenían. Me agarré de su hombro y ella me sostuvo sujetándome por debajo de las axilas. Tranquilo, me decía. Y yo pensé: que se calle esta hija de re mil putas, que se calle.

Supongo que esta es la última visita del periodista. El hospital se va a incendiar, me dice, esta tarde. El fuego comenzará en un almacén de la planta baja. Bueno, le replico. Ahora también predice. Es curioso lo que sucede después. El periodista sigue hablando, pero de pronto no entiendo lo que dice. Sé que habla en castellano, pero no significa nada para mí. El sonido, en cambio, se hizo un prodigio de luz, una ortodoxa epifanía. Pensé entonces en mi pasado y me sorprendió lo sencillo que era errar y acertar bajo esta nueva luz. Y todo el rencor que nacía y moría en mí por haberme sentido un infeliz, y todos los miedos que durante años mantuve a raya y todas las cegueras, se vinieron abajo sin estruendo. Ahí se

va el periodista argentino. Hace un calor bárbaro y empieza a salir humo por la parte de abajo de la puerta. Salir humo quiere decir que está entrando en la habitación.

ALEJANDRO DATO

(Necochea, Buenos Aires, 1972). Estudió Comunicación Social. En el año 2002 emigró a Madrid y desde el 2004 vive en Barcelona. Es autor de *Todo un sistema de nervios*, un libro de relatos breves editado por Difusión Alterna Ediciones en el 2014; y co-autor, junto a Natalia Reynoso Renzi, de la novela *Morir Afuera*, editada por Red Ediciones en el 2012. Sus cuentos y artículos fueron publicados en diversas revistas y antologías. Actualmente imparte talleres de escritura y ofrece servicios editoriales.

aledato@hotmail.com

OTROS TÍTULOS PUBLICADOS

Maltratado de Crítica / poesía
David Wapner

De las Indias con amor / narrativa
Natalia Reynoso Renzi

Sobre mi mesa más limpia / poesía
José Antonio González Robles

Descargalos en
www.edicionesrevolver.com

INDICE

Créditos	3
Molgo Raf	4
Alejandro Dato	39
Otro títulos Publicados	40

